

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 19 DE DICIEMBRE DE 1920

BIBLIOTECA
MUNICIPAL

NUM. 19.306

CUENTISTAS
ESPAÑOLES

EL NIÑO ENTRE LOS LIBROS

POR R. CANSINOS
— ASSENS —

GATEANDO por las escaleras, llega el niño hasta la puerta del piso donde vive el poeta. Es tan pequeño todavía, tan pequeño aun para aquella puerta que no tiene nada de grande, que no alcanza al llamador reluciente, y para anunciarse araña ingenuamente la madera como un cachorrillo. La hermana del poeta, que está sola en la casa, ocupada en alguna placida tarea femenina, oye su llamada y acude a abrirle. Y al ver al niño exclama enternecida y alborozada, con una emoción al par suave y solemne, porque para ella, celié, todo niño es un niño Jesús.

—¡Ah! Pero ¿eres tú, Manolito? —¡Entra, nenito, entra!

Le coge de una mano, tierna, pero gravemente, como cogería una rosa, distinta de las mujeres que han sido madres y están familiarizadas con la infancia y cogen a un niño francamente entre sus brazos y lo alzan a la altura del pecho y lo besan en las mejillas. Ella le coge únicamente de la mano, apiadada de su pequeñez, como se apiadaría de un cachorrillo, conmovida y maravillada de verle llegar, como se enternecería de ver entrar a un pajarillo por la ventana, y le conduce hasta el centro de la estancia, donde hay más luz, buscando instintivamente para la belleza infantil la mayor claridad, como se busca para una joya; y cuando a plena luz le ha visto brillar así, inocente y puro, imagen viva de su sueño más misterioso, le muestra, para agasajarle, las cosas más bellas que hay en la estancia: el ramo de nardos, todavía fragante, que semeja sobre la mesa pulcra la vara sagrada de la Anunciación, o el gran velo blanco, recién lavado, que cubre como una lluvia clara de primavera el misterio de su alcoba virginal. Y también le enseña el perro que dormía y que se ha desperezado para contemplar al niño, tan pequeño todavía, casi como él, y cuyo rostro resplandeciente debe de parecerle un lucero a ras de tierra. El niño mira todas las cosas bellas que hay en la estancia, tiende sus manos al perro y aferra sus lanas con un gesto franco y atrevido. Por un instante recuerda al hijo de Duchmanta y de Sakuntala jugando con un cachorrillo de león en el poema de Kalidasa. Pero lo que el niño desea ver son los libros, los libros del poeta, aquellos libros que llenan dos estanterías y que para él, que aun ignora la lectura, habrán de ser como frutos maravillosos, objetos bellos nada más. Con su media lengua infantil, dice:

—Los libros...

La hermana del poeta le pregunta: —¿Quieres ver los libros? Pues ven acá; mira cuánto libro.

Y le acerca a la estantería. El niño coge los libros como antes cogiera las lanas del perro, con el mismo gesto osado e inocente. Los va mirando uno a uno, con unos ojos muy serios; los estrecha

unos instantes contra su pecho, y dice muy grave, con una voz muy baja, como la de los seres encantados:

—El libro...

La hermana del poeta, repite:

—Sí, el libro. ¿Qué dice aquí? ¿Lo entiendes tú, Manolito?

El asiente con un gesto misterioso y ri-

Todos dicen su nombre—¡oh, ingenuo antropocentrismo!—, del mismo modo que todas las hojas verdes dicen primavera y todas las amarillas otoño... La hermana del poeta asiente a la fantasía infantil, y continúa con el niño su idéntico coloquio.

¡Cómo le encantan los libros al niño que

ril; y, al fin y al cabo, ¿no balbucean todos la palabra poesía?—, ya establece distinciones entre el modo de expresar aquella frase única, en rústica o en pergamino, en octavo o en cuarto. Ante las columnas de libros se extasia, y se olvida de volver a su casa, donde le aguardan sus juguetes; sentado en el suelo, entre aquellos libros de versos, parece el corderillo del Cantar de los Cantares que se apacenta entre azucenas. Y tiene también una actitud intrépida, como antes jugando con el perrillo, porque un libro puede ser a veces una cosa terrible.

Pero de pronto se oye por el patio una voz tierna y asustada que pregunta:

—Leonor, ¿está en su casa Manolito?

La hermana del poeta contesta:

—Sí, aquí está con los libros.

—¡Digo! ¿Le parece a usted?— exclama la madre—. Estará molestando, como siempre. Ahora voy por él.

La madre de Manolito es una mujer todavía joven, morena y nerviosa, tímida, con esa timidez de las mujeres artesanas para con las hermanas de los hombres de letras y las casas donde hay muchos libros. Saltando baja la escalera y entra en la casa y llega hasta donde está el hijo. —¡Digo! ¿Le parece a usted? ¡Revolviéndole los libros a su hermano!

Con un vivo gesto coge al hijo, le levanta del suelo y le arrebató el libro que tiene en la mano. El niño llora como si le hubiese arrebatado un trozo de cielo. La madre le increpa:

—Eso es, ahora llora, para molestarme más todavía a la señorita Leonor.

La hermana del poeta intercede.

—Déjelo usted, mujer.

Pero la madre, sonrojada, con los carrillos arrebolados como la tarde de marzo, se disculpa.

—Perdónelo usted. Usted no sabe lo que son los críos.

Cuidadosamente coge los libros y, piadosa Verónica, les limpia el polvo del suelo con su pulcro delantal immaculado. Pero el niño entonces prorrumpe en un llanto inconsolable, lento, continuo, como una lluvia de invierno. Lloro tanto y tan tristemente, que la madre se abochorna más todavía, y para callarlo le pregunta:

—Pero niño, ¿qué quieres?

El niño contesta:

—¡Quiero un libro!

No hay más remedio que transigir.

—¡Toma éste!—le dice la madre.

Y añade dirigiéndose a la mujer soltera:

—¡Usted no sabe lo que son los críos! ¡Otra vez no le abra usted la puerta!

Mas el niño sigue llorando:

—¡Quiero un libro!

—Pero ¿no tienes ya un libro?—le interpela la madre.

No, aquél no es el que quiere. Es otro,

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA



LA PLAZA DE LAS BRUJAS, AGUAFUERTE DE M. CASTRO-GIL

sueño, y dice en la misma voz de secreto: —Aquí dice Manolito Oliver... Manolito Oliver...

Luego deja el libro en el suelo con mucho cuidado y toma otro.

—Y en éste, ¿qué dice?—pregúntale la hermana.

Y él contesta de nuevo, con el mismo aire de misterio y la misma venturosa sonrisa:

—Aquí dice Manolito Oliver.

aun no sabe leer! Gusta de acariciarlos y estrecharlos contra su corazón. Los conoce ya por su aspecto exterior, y aunque son libros graves que no tienen estampas, él los distingue unos de otros, y tiene sus predilecciones, como un lector sentimental. Los recuerda de una vez para otra, y aunque todos dicen lo mismo para él—Manolito Oliver, repitiendo su nombre, de igual modo que todos los espejos copian su semblante pue-

otro que no acierta a decir cuál es. La madre se enoja, se desespera, le amenaza con la mano abierta, moribunda y bella como ese florero que descalabra a los personajes de cinematógrafos.

—Por Dios, Manolito, no me desesperes. Mira que si eres terco, yo soy aragonesa—dice la mujer acongojada, porque ya no le queda, como antes, para acallarle, el recurso de darle el pecho.

La hermana del poeta intercede, y muestra al niño varios libros. Pero no, no es ninguno de aquéllos, y las dos mujeres se desesperan. La madre, perdida ya la paciencia, descarga sobre él su mano blanca y juvenil, capaz de lastimar únicamente a un niño, y cuyas violencias en un adulto se trocarían en caricias. El niño llora todavía con mayor desconsuelo. Pero la hermana del poeta acierta a brindarle, al fin, el libro anhelado, el libro insustituible y único. Es aquél; el niño deja de llorar y estrecha contra su pecho el lírico arco iris. Las dos mujeres leen curiosamente el título del libro, que obra la virtud de contener, como maravilloso pañuelo, el llanto de un niño. Es un libro de versos. ¿Por qué le seduce al niño? Pues para él dice, sencillamente, lo que los demás, Manolito Oliver..., ese nombre único, repetido hasta lo infinito, como esa estrella única que en realidad puebla los cielos.

¿Qué encanto misterioso tiene para el niño, que aún no sabe leer, la ilusión de figurarse escrito ese nombre, que es el suyo, en aquellos haces de marchitas páginas? ¿Quién sabe! Pero él repite por lo bajo, estrechando el libro contra su pecho, ese nombre suyo que, juntamente con las señas de su casa, le han enseñado sus padres, para el día en que, acaso, se perderá entre la muchedumbre de una verbera; nombre mágico que le ha de restituir al regazo materno... Y con el libro entre los brazos, ya no llora... Las dos mujeres, entretanto, se han puesto a hablar de esas cosas dulces, resignadas y fatídicas de que ellas hablan. Están sentadas junto a la mesa, donde en un florero yérguese una vara de nardos, como en un cuadro de la Anunciación. La presencia de la soltera asume para sí el sentido del símbolo, y la otra, que lo comprende, mirala con unos ojos llenos de reverencia y de nostalgia. Su conversación adopta instintivamente un tono pulcro y virginal; la mujer se anfia y purifica ante la amiga soltera, hermana de un poeta cuya vida sólo se aroma con la fragancia de los nardos. Y se queja de su vida. ¡Oh, Dios mío, lo que hace la maternidad de una mujer! Por un momento vístese en su imaginación de un velo tan cándido como el que tiembla ante la puerta. La amiga la escucha con semblante pensativo. Pero, de pronto, ambas sienten el mismo anhelo de la belleza humana del niño, pura como la del ramo de nardos, y vuelven la vista hacia la estantería. El niño se ha quedado dormido en el suelo, tal el hijo de un pastor, estrechando contra su pecho, como un corderillo o como ese blanco seno de que ayer mismo se sustentaba, el libro mágico que dice en todas sus páginas Manolito Oliver, semejante a ese cielo nocturno que repite en todo su zodiaco una única estrella multiplicada, y a esos espejos de las fuentes que, en la hora matinal, reflejan todos un semblante pueril...

Contemplan ambas mujeres en silencio aquel sueño infantil, y un misterioso sobresalto transe sus corazones, como si tal sueño entre los libros tuviese un sentido osado y peligroso. La hermana piensa en el poeta, cuya juventud se consumió pura y triste en aquellos libros en cuyas páginas podrían encontrarse rosas caídas de sus ojos asiduos. Y la madre evoca agural el tiempo, ya cercano, en que el hijo, ya mayorcito, irá a la escuela y tendrá en sus manos aquellos li-

bros de otro modo que como inocentes trofeos, y sobre ellos, estudiando, suspirará y se dormirá, acaso, cansado de no hallar la aurora en sus páginas yermas. Se le tornará hostil la belleza del libro, y antes que el primer amor le hará sufrir y llegará su alma tan seguramente como sus manos, flor de acero, la espada de papel con que jugó de niño.

Y al presentirlo así, las dos mujeres tiemblan ante el misterio de amor que impulsa al niño hacia el libro seductor

y fatal—su primera sirena—y suspiran apiadas como si le viesen dormido entre leones; y quisieran retardar el instante en que sus páginas, que ahora dicen su sólo nombre imaginario, habrán de revelarle su leyenda verdadera y diversa. Porque está escrito: que las manos de la mujer han de herirse en los benignos acerillos domésticos y la mente del hombre en la letra pavorosa del libro...

R. CANSINOS-ASSENS

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Poemas del Bien y del Mal

QUÉ recuerdos remueve en mi alma la lectura de este volumen de versos? La portada dice: *Poemas del Bien y del Mal*, por Ernesto López Parra. Un viejo caprino, faunescos, especie de Cronopá-nico, se asoma en el vórtice de un remolino, en cuyas aguas son atrastradas, como Francesca por el huracán infernal, formas rudimentarias de mujer. Abramos el libro...

Comentar a un poeta es mucho más difícil que comentar a un filósofo, a un historiador, a un novelista. El concepto sugiere el concepto, para completarlo o para contradecirlo. La imagen y el sentimiento suscitan otros sentimientos e imágenes en un verdadero contagio de fiebre poética; pero se necesita para ello que el poeta tenga verdadera intensidad. Otras veces lo he dicho: la crítica poética, para mí, consiste en continuar la inspiración ajena, traduciendo las estrofas que no están en la obra comentada. Crítica viene de crisis, cambio. El verdadero oficio del crítico es el de expresar en nueva forma la idea-imagen del poeta, a fin de aquilatar su valor. Pero principalmente debe dar forma a las ideas-imágenes que no están expresadas en la poesía ajena, pero cuyo germen existe en ella. Entonces el pensamiento del crítico es fecundado por el del poeta, y aquél no hace mas que dar forma, gestación, a la idea-semilla, lanzada en el vuelo de la estrofa o del verso. Mas otras veces es el crítico mismo quien ejerce de poeta o creador, e infunde vitalidad en la forma, acaso marmórea, pero muerta, de la composición.

Declaro, bien sinceramente, que el libro de López Parra tiene valor propio. No he necesitado esfuerzo interior, ni optimismo benévolo para encontrar en él una luminosidad inexistente. He ido leyendo, leyendo... Y de pronto, ¿qué reminiscencias me sugiere esa página? Ahí está uno de nuestros más viejos motivos románticos; pero esa vejez ha triunfado ya del tiempo, porque Anacreonte la transmitió, con el Cécilo y el Falerno, a Horacio, y Omar Kay-yam encontró en ella un dulce motivo de infracción del precepto coránico:

¡Acerca el vaso, mujer,
que en su fondo hay un arcano!
Mi boca quiere beber
su misterio, de tu mano.

Pero esta no es la embriaguez optimista, que acabó en Rabelais, sino la embriaguez romántica, el bebedizo de letargo y olvido, lejana herencia de las vides dionisiacas: la de Poe y Baudelaire, la de Verlaine y Darío. Sobre todo, la de Espronceda... ¿No está en los versos citados la memoria de Jarifa, escanciando al poeta y ofreciendo sus labios palpitantes de besos impuros? Ahí resurge, pocas páginas más adelante, el propio leit-motiv: es el soneto *La Copa de Verlaine*. ¡Ah, el espíritu carnal y la carne triste!

Esta es la tercera etapa de la colectiva embriaguez humana; el tercer momento de una danza de coribantes; porque entre el vino alegre y epicúreo de Tibur, de las bodegas horacianas, o el vino con que fueron comparados en dulzura los amores de la Sulamita, y el vino pesimista de románticos y decadentes, estuvo el vino bohemio, algo arlequinesco, que no cantó visiones optimistas ni pesimistas, sino, sencillamente, la indiferencia burlesca y descuidada para engañar la penuria, la enfermedad y la muerte.

Toda la primera parte del libro de López Parra tiene un encanto de rezagada bohemia. El alma del poeta es una araña dormida entre el polvo de los telares, urdiendo su tela sutilísima, acaso nube, acaso rayo de luz, acaso puro ensueño.

¡Sí; es todavía! un poeta romántico. Afortunadamente, ¿por qué no? Vuelven a los labios las antiguas melodías, con un sabor de besos inolvidables. La canción que no se canta, dice el poeta. Sí, sí. Todo poeta debe conocer una canción que nadie, ni él mismo, sabrá nunca cantar. ¿No supo ya Bécquer de «un himno gigante y extraño» que, como el *Miserere* de su pavorosa leyenda, permanecerá eternamente desconocido?

Sigamos nuestra lectura. Tiene este poeta lo que podría llamarse rima interior, consonancia entre lo que no se dice y lo que se sugiere; potencia de suplicar, musicalmente, la imperfección de la palabra.

Todo el librito es elegíaco. También casi toda la poesía actual española es elegíaca. Pero, ¿acaso no lo es también toda nuestra realidad nacional? Suave delicadeza en los versos a *La hermana fea*, cuya vejez la igualará mañana con la hermana bella de hoy, en una compensación dolorosa y mortal. Pero siempre a través del libro surgen las variaciones al modo romántico: palideces, ocasos autumnales, cipreses, noches de ánimas, ataúd, ramos fúnebres, hastío, paraíso artificial. Florecen en los tallos que parecían secos los crisantemos de ayer; se desploman en el retiro del jardín que sonó Musset los sauces alegóricos. ¿No rebrota la herencia esproncedesca también en los aguafuertes del *Presidio*, la *Taberna*, el *Burdel*, la *Inclusa*? Pero el poeta, desde su rincón meditabundo, entona en felices estrofas un *Padrenuestro* de esperanza.

Tampoco podía faltar la huella del pie centauresco de Rubén (verdadero centauro espiritual, indio, heleno y parisiense):

... ¡Y... sabes después adónde vas!

(Por cierto, de en el soneto dedicado al gran poeta hay una consonancia inaceptable: *Aleluya con Melodía*.)

También late una sugestión de Darío en el soneto *La Muerte*, que recuerda (acaso sin saberlo el propio autor) una ilusión infantil y tremebunda de Rubén junto a la catedral de León de Nicara-

gua. Eficacia alegórica en las estrofas tituladas *¡Esa es!* Con todo, prefiero las poesías que señalan la madurez del poeta, la evolución feliz de su temperamento. Son, como dice él mismo, *Nuevas inquietudes*. Casi todas tienen verdadero contenido: así *La lámpara espiritual*; así *Las primeras causas*.

¡Cuando sepas las causas dejarás de cantar!

Pero me parece injusto *El reproche del misántropo*, porque la mayor de las voluptuosidades espirituales está precisamente en sentirse distinto de la multitud... Caen como llanto los chorros de los surtidores. Queda en el cielo de noviembre la estela del cuervo de Poe. Mas, ¿por qué esas incorrecciones métricas martilleando ásperamente el oído en la segunda estrofa de *Otoño*, que quiso ser alejandrina, como las otras?

Veo muy bien esos carros de mieses en la tarde otoñal (la tarde romántica) con los «bueyes que añoran viejas ofrendas pánicas». Súbitamente salta en una composición el verdadero sentido del pesimismo de ese poeta. No llora el dolor profundo de la vida a la manera leopardiana; la muerte, para el pesimista fundamental, es la gran Consolatrix, la gran Libertadora.

No. Nuestro poeta pertenece a otra familia: el dolor está precisamente en la perspectiva inevitable de la Muerte, del tener que partir, porque *la vida es un paraíso de deleites*, y (con una imagen desgraciada):

¡La antorcha de la vida tiene imanes sagrados, y no hay mayor victoria que vivir!

La Cabalgata de Horas tiene una gracia de danzarina, cierta onomatopeya ulterior... Repítese el tema en una transcripción de idealidad a realidad; en la otra *Cabalgata*, la de las imágenes de juventud, idilios provincianos que mañana serán contrastes elegíacos para la vejez.

¿Carolina? ¿Eloísa?... ¿María Paz?... ¿Isabel?... Los nombres caen a modo de notas de un canto que se aleja. Dulzura provinciana, paz... Pero ahí se levanta la más plena de las composiciones del libro: *La Musa muerta*. El ritmo de las palpitaciones marcha acorde con el de las estrofas. Caronte se detiene a escuchar... Pero, poeta, ¿no os parece impropio ese gusano ¡tan romántico! que

posa su fría hipótesis sobre la boca quieta hollando la azucena de su jardín dormido?

También es impropia la palabra *ventalle* en el sentido de aura. Ventalle (¡oh, recuerdo de Juan de la Cruz!) es la noble y clásica equivalencia de *abanico*, vi-viente todavía en mi catalán de Mallorca. También convendría enmendar algún descuido métrico en la medida de los versos: así la primera estrofa de *Presentimiento*; un verso largo sobre Colombia, además de los ya citados de la poesía *Otoño*; otros cortos en el soneto al niño espúreo y en el último terceto de *La sed inefable*; alguna violencia léxica en *Resurrección*.

Pero no debo olvidar las tres poesías que cierran el libro, bajo la designación de *La rima inefable*, con un acierto singular de las intenciones de lo que ha querido llamarse *ultraísmo*. Musicalidad, prestigio de silencio, eco de honduras temerosas, reflejo sobre lagos subterráneos.

Callaban las palabras dormidas en los cálices.

Baluceo de sugestión hay también en la poesía final, cuando el pájaro ciego se duerme en las manos del poeta. Pero el poeta mismo, todo poeta, es para mí un pájaro ciego, cegado por el ansia de luz, y se estrella en el arroyo frías de sus alas contra el gran muro negro...

Gabriel ALONSO

EL MODERNO ARTE DE PARÍS

SEM, EL COMENTARISTA-DIBUJANTE

SEM; he aquí una de las principales figuras del humorismo francés actual, que ha creado todo un mundo de elegancias. Porque advertimos que su trazo no ha sido cruel ni se ha valido de

ese trabajo preliminar para mí no es mas que una yuxtaposición de elementos, un inventario de gestos, a través de los cuales se me presenta luego la verdadera imagen. No es posible quedar satisfecho sin llegar a lo más duradero y firme, tal vez por más sutil e indefinible. Mi esfuerzo hasta alcanzar el punto característico estriba simplemente en ir descubriendo modalidades o aspectos que voy desdiciendo después, para encontrar la que verdaderamente tiene relación con el espíritu que trato de sorprender y reflejar.

Y a tales principios se ha ajustado Sem, rompiendo levemente el ritmo de lo normal, anticipándose al ver y sentir las cosas. Y porque tal anticipación es moderada y plena de meditación razonada es por lo que a Sem puede juzgarse como un maestro de la sátira; que pocos han sido los que han llegado a tal expresión con tan claro y firme sentido del concepto.

Recordemos que se ha tenido a la sátira como «la declaración o artística manifestación de la oposición entre la realidad objetiva y la conciencia del artista, oposición traducida por éste en justa censura o mofa de dicha realidad»; y luego de admitido tal principio y analizada la obra de Sem, se comprenderá fácilmente el acierto del dibujante.

Por sistemáticos detractores o virulentos apasionados se ha juzgado la labor de este artista como imperfecta y de escasa solidez. Ni fueron justas ni admisibles las censuras. Los dibujos de Sem han sufrido una serie de análisis y observaciones, y la imaginación que ha realizado los unos y las otras no era fácil a soluciones contentadizas.

Existe, además, una razón de tiempo. Las manifestaciones artísticas del humorista francés vienen depurándose desde sus primeros años. Nada importaron los deseos del padre obstinándose, primero, en que fuese abogado, y poniéndole al frente de un gran comercio, después, para que el instinto cediera a la conveniencia. Las áridas tareas mercantiles a que tenía que consagrarse en Perigeu, no fue-

ron bastantes a evitar las aficiones del dibujante, y por preferencia hondamente sentida diéronse a conocer las notables condiciones del artista en unas cuantas hojas que retrataban fielmente a todas las gentes del lugar. Aquella primera colección de diseños sugirió a Sem la creación de *Perigeu Revue*, y allí se reveló, fuerte y soberbia, su poderosa personalidad. La dirección de los negocios estorbaba los entusiasmos por el arte; y poniendo confianza en un socio que regentó desde aquel

punto los trabajos mercantiles, pasó Sem a París y Burdeos, y en Burdeos reanudó las publicaciones que en Perigeu había comenzado y que, como las primeras, tuvieron grande y entusiasta acogida. Anidado por hechos y palabras de aliento, llegó luego a Marsella. Ya en la ciudad mediterránea, el talento y la perspicacia de Jean Lorrain influyeron decididamente en el porvenir artístico del humorista. Para Lorrain la sinceridad y observación de Sem eran una renovación en el arte francés de la caricatura. El convencimiento del literato influyó grande-

mente en el ánimo del dibujante, y, más confiado en sí, el 1900 hacia Sem su entrada definitiva en París.

Las siluetas, el trazo fácil componiendo tipos y caracteres, produjeron en la capital francesa entusiasmo y sorpresa extraordinarias. El mejor indicio del éxito logrado fué el considerable número de imitadores y las controversias y ataques que su arte provocó. Al poco tiempo de vivir en París, el dibujante Sem, que poseía un yacht y caudal suficiente para derrochar, triunfaba en el gran mundo, y por sus caricaturas hacíanse populares y conocidas mu-

chas personas. El arte de Sem se había impuesto, y para que nada le faltase, hasta gozaba del número bastante de enemigos. Y luego, cuando hubo demostrado que con el lápiz nada ni nadie lograba escapar a su intención, hizo ver que su sensibilidad podía ofrecerse aún en arte distinto; que con el dibujante convivía un admirable literato.

Llegada la gran guerra, forzosamente Sem había de sentir, ante la contienda el ansia de perpetuar el vigor de su espíritu. Toda la fuerza de su temperamento se concentró en la visión de la lucha por cuantos modos le eran ya familiares y dominados. Y al *Journal* ofreció entonces sus narraciones, enlazadas con la gracia picante y acertada de sus diseños.

«Un pékin sur le front» atrajo desde el primer momento la atención de Francia entera. Artículos hubo de los publicados, como el titulado «Los cazadores aclamados por los rusos», que fueron públicamente leídos en los acantonamientos y citados en la orden del día. Casi puede afirmarse que las páginas publicadas por Sem tienen el mismo valor que el *Bulletin de la Grande Armée*. Y cuando, conseguida la victoria, Sem tornó a la suntuosidad de su casa, convertida en gran parte, por las aficiones náuticas del morador, en una sucesión de camarotes de lujo de un gigantesco y formidable trasatlántico anclado en tierra, París no supo ya a quién admirar con más fervido entusiasmo: si al inimitable dibujante que durante mucho tiempo comentó con su trazo las elegancias del mundo ultramoderno, o al periodista de estilo vibrante y cálido que, desinteresadamente y con santo amor a su pueblo, había recogido en párrafos admirables todo lo que le había sugerido el horror de la pelea.

C. PALENCIA TUBAU



El ex kronprinz.



Autorretrato.



Paso de los soldados vencedores bajo el Arco del Triunfo.

la pericia de su arte ni de lo atinado de su observación para flagelar despiadadamente ni poner al descubierto la nota que ridiculiza y hiere, sino simplemente para determinar, para acentuar el rasgo característico que en todo ser se advierte como personal o distintivo. Sem sintetiza los cuerpos en pleno vértigo de vida, recoge el movimiento y lo fija, y al asirle inicia la sensación de una acción nueva que, forzosa, fatalmente, ha de ser consecuencia de la anterior.

¿Cómo logra el artista la justeza de su visión? Analizando el modelo hasta en su menor detalle. Y el análisis es tan escrupuloso y meditado como pudiera hacerlo el más exaltado copista del natural.

«Ante todo, es preciso comprender el rostro — ha dicho este admirable psicólogo —. Es necesario desentrañar el misterio, la vida interior de cada fenómeno. Para ello me acerco humildemente a la realidad. Con precaución, la estudio y analizo. Obsesionado por la preocupación de la exactitud, trazo borradores. Medrosamente voy descomponiendo, en menudos apuntes, lo que el natural me ofrece. La faz, primero, y el resto del cuerpo, después, quedan sometidos a un procedimiento de primitivo. Pero todo



LOS TRES CHICOS DEL DIABLO



una punta,
la otra, se so-
humo.

reduce todo?

parece poco?

Y se fueron por todos los pasillos cantando latines.

El diablo, que oyó los cánticos, se encogió de hombros.

—¡Bah!—pensó—. ¡Serán los sacristanes!...—porque en el infierno hay muchos sacristanes chamuscándose por haberse bebido el vino de las vinajeras, sacar de los cepillos el dinero y guardarse el aceite de las lámparas, echando la culpa a las lechuzas.

Sin embargo, le fueron a decir que los del alboroto eran sus hijos, y corrió a mandarlos callar. Pero entonces ocurrió una cosa que le puso los cuernos de punta, y fué que... ¡que le obedecieron los chicos!... Le dijeron muy modestamente: «Bueno, papá»; y en seguida, condescendientes, se marcharon cada cual a un rincón, formaditos y conformes.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Esto no es posible!—dijo el diablo—. O es que se están volviendo buenos estos chicos, en vista de que no sacan nada por las malas, y entonces no puedo consentir, o es que hacen esto para que rabie yo, y entonces ya pueden ir solos por el mundo...; porque no se le ocurre al diablo!...

En vista de lo cual, reunió a los tres y les dijo:

—Mirad: si sabéis tanto y sois tan malos como decís, inventad una diablura cada uno. Si dentro de un año habéis inventado tres cosas que sirvan para volver a las gentes peores de lo que son, os dejaré libres por el mundo y haréis lo que os parezca.

Mucho tenían que discurrir, porque ¡mira que descubrir una diablura nueva! ¡con las que hay!... y volver a las gentes peores de lo que son...

Pero los chicos no se desanimaron, y, dándose a pensar y a pensar, cada uno tuvo una ocurrencia.

El mayor se fué al huerto, por la noche, y plantó una bolita blanca; el mediano se fué al huerto, por la tarde, al oscurecer, y plantó una bolita encarnada; el pequeño se fué al huerto, muy de mañana, y plantó una bolita negra.

Y esperaron...

—¿Qué tal va eso?—preguntaba el diablo a sus hijos.

Y los hijos contestaban:

—Marcha, marcha...

De cada bolita que sembraron brotó, con el tiempo, una planta; cada planta dió fruto..., y un día...

—Toma—le dijo a su padre el hijo mayor de Barrabás—. Ahí tienes mi invención.

—¿Esta es tu invención?... Pero si esto está inventado hace infinidad de años, infeliz; si esto es una cebolla.

—Una cebolla, sí, ya lo sabemos. Pero yo he inventado que restregándose los

ojos con eso, se llora sin gana y se puede engañar así a medio mundo.

Barrabás se tiró de risa al oír aquello, y se vino a la tierra para enseñar la treta a los hombres.

Efectivamente; dos millones y medio de hipócritas acogieron el invento como la maravilla mayor de la tierra, y engañaron a medio mundo con cada lagrimón de cebolla, que rartía las almas.

Volvió entonces por el infierno, satisfechísimo de la expedición, y llamando al mediano, le dijo:

—Y tú, ¿qué has inventado tú, vamos a ver?...

—Toma—dijo el chico.

Y le entregó una ramita de hojas verdes y bellotitas coloradas, tan chiquitinas y brillantes que daba gusto verlas.

—¿Qué es esto?

—Mi invención...

—Estos son escaramujos.

—Justo, escaramujos; pero déjalos secar y verás cómo salen de dentro unos polvos que pican a rabiar. Dáselo a los chicos para que se los echen unos a otros y para que unten con ellos las camas de sus casas, y ya verás como salen todos maldiciendo y dándose a los mismísimos demonios.

El diablo se tronzó.

—¡Diablo de chico!... ¡La que voy a armar en el mundo! Y se marchó a todo correr para repartir los polvos de pica-pica por la tierra... ¡Hasta en las tiendas les vendieron!...

A los pocos días volvió, y entonces se le acercó el pequeño.

—¿Qué has inventado tú, vamos a ver?

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Mi invención.

—¿Tu invención?... Pero ¿qué es esto?...

El diablo no había visto aquello en su vida, ni acertaba a comprender para qué fuese aquel chisme.

No quiso, sin embargo, confesar su ignorancia, y fué preguntando a todos los demonios, uno a uno, para ver si sabían qué era aquello.

Ninguno lo sabía, y hubo que recurrir al chico.

Allá fueron todos los diablos detrás de su patrón, muertos de curiosidad por saber lo que había inventado el rapaz.

Y el rapaz, triunfante, satisfechísimo y con mucha calma, miró a todos, y dijo por fin, solemnemente:

—Esto es... Pues esto es...

Todavía se paró el condenado de chico para hacer rabiar a su padre, que estaba impacientísimo.

—¿Queréis saber qué es esto?... Pues esto es... ¡un puro!...

Todos se miraron sin comprender.

—Bueno, y ¿qué es un puro?

—Pues una cosa como esta, que se

enciende por se chupa por pla y... se echa

—¿Y a eso se

—A eso; ¿te

—¡Toma!... Y eso, ¿qué? Te figuras que

estamos para perder el tiempo con esas

tonterías... ¡Vamos, niño... quítate de mi

vista, o del puntapié que te doy vas a la

chimenea!...

El diablo, sin embargo, por curiosidad,

se fumó el puro y echó la papilla de los

mareos que le dieron.

Fué furioso entonces a buscar a su hijo

para darle una zurra, creyendo que había

hecho todo aquello para marear al padre,

y se lo encontró fumando, tan campante.

—Pero ¿cómo? ¿Tú no te mareas?—preguntó el diablo.

—Yo, no... Fuma unos cuantos y verás.

Fumó unos cuantos porque le daba

rabia ser menos que el chiquillo; y desde

entonces, como no estuviera chupando del

puro, le entraba un desasosiego y pasaba

unas rabietas descomunales.

Entonces tomó en serio lo que el peque-

ñillo le había dicho; vino al mundo, puso

un estanco y... ¡para qué contar!... Aque-

llo fué la marimorena, el zafarrancho y

la trapatiesta de los siglos... Aquello fué

quedarse la gente sin un céntimo por

chupar y soplar, y ahogarse, y oler a de-

monios, y darse de pinchazos por una co-

lilla, y ponerlo todo perdido, y pasarse

quince horas en procesión y a la intem-

perie, todo por seguir chupa que te chupa

y sopla que te sopla.

El diablo puso un día de fiesta en con-

memoración del descubrimiento; y, llamando a los tres chicos, les dijo:

—Andad, andad, hijitos. Y si os veis

algún día en un apuro—dijo a los mayores—, preguntadle a vuestro hermano

menor, que ya sabe, el hijo de mi alma,

lo que se hace...

Manuel ABRIL



El demonio tiene muchos hijos; pero tres de ellos le habían salido endiablados al infeliz. No tenían arriba de ocho, siete y seis años cada uno y ya querían que les dejase papá sueltos y campanetes. «irse al mundo, escaparse de su casa y recorrer la tierra entera haciendo diabluras a su antojo»; ésta era su manía y el motivo de que hicieran rabiar a su papá los condenados de los niños.

—Sois muy pequeños todavía—les decía Barrabás—. No me fio. En el mundo se pasan la vida diciéndo a los niños que no sean malos, y algunos se convencer. No quiero exponerme a que también os convenzan a vosotros cualquier día y dejéis de hacer caso a vuestro padre.

—Mira que eres tonto—le contestó el mayor—. ¡Si nosotros estamos deseando hacer diabluras!...

—Pero no sabéis hacerlas todavía.

—¿Que no sabemos?... ¡Más que tú!—le replicó el pequeño.

Barrabás soltó la carcajada, contentísimo de que sus hijos le faltaran al respeto.

—Así se hace, pequeños. Replicones, descarados y atrevidos; así me gusta. Salís a vuestro padre. Pero si os esperaréis un par de años, estudiando y aprendiendo, ¡seréis unos diablos magníficos!

—No nos da la gana de esperar—contestó el mediano.

—Muy bien—volvió a decir el padre, satisfecho—; pero a mí tampoco me da la gana de que os echéis a perder, empezando tan bien como empezáis.

Los chicos se tiraron al suelo, berrear, se revolcaron, dando patadas y mordiscos, y armaron una zambra de todos los diablos.

Pero de repente se plantó el mayor y dijo:

—¡Mira que somos mameucos!

—¿Por qué?—preguntaron los otros dos.

—Porque padre no nos dejará tranquilos mientras cojamos estas perras; cuanto peores nos ve, más le gusta y le entran más ganas de enrabiarlos.

—¡Es verdad!... ¡Vamos a ser buenos!...

—propuso el mediano en vista de eso.

—Eso, eso... ¡Vamos a jugar a las pro-

casiones!—dijo el chiquitín.

LAS BRIZNAS DE LA HISTORIA



D. Eduardo Gasset y Artime.

PARA ilustrar una obra española, editada en el Extranjero, me pidieron, hace ya varios años, algunos dibujos y grabados de la época. Era un libro sobre D. Amadeo. Quise cumplir el servicio por mi cuenta, y, después de mil dificultades, sólo pude remitir una colección de cajas de cerillas, que el editor rechazó por no parecerle suficiente; y entonces, gracias a la amabilidad de los pocos coleccionistas de estampas que hay

tuyendo un arsenal curiosísimo para la historia tal como la elabora el pueblo.

Los sucesivos retratos — llamémosles así — de Moret, Martos, Cánovas, Prim, etcétera, hasta que llegan a parecerse al original, van siguiendo gráficamente la popularidad de esos hombres a medida que es mayor. Puede hacerse una historia del tupé de Sagasta y de la verruga de Castelar sólo con las cajas de cerillas; como pueden ilustrarse las de todas las celebridades del momento: Doña Baldo-mera, la madre de los pobres; Toni Gri-ce, el celebrísimo clown; el capitán Boy-ton, que atravesó a nado el Atlántico; la famosa miss Leona, el domador Mr. Bi-del, el desgraciado capitán Mayet, el cor-redor Bielsa, rival de Bargossi, etcéte-ra, etc.

El apogeo de la ilustración en las cajas de cerillas se alcanzó durante la Repú-blica por la amplia libertad de aquel en-tonces.

Los fabricantes españoles, numerosos y dueños de una industria libre, estimu-

O esta imitación horaciana y republi-cana de entonces:

Si me contemplas despacio
envidiarás mi valer,
puesto que yo vengo a ser
quien en choza y en palacio
la luz esparce doquier.

Y, en fin, la más celebrada de todas, la célebre vindicación del fabricante na-varro contra el desesperado recurso de las víctimas del amor:

Si se envenena un amante
porque haya perdido el seso,
¿qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?

Sin embargo, en las estadísticas demo-gráficas de entonces, los envenenamien-tos con cerillas arrojan una cifra consi-derable, principalmente en las mujeres; y el éxito de los fósforos sin veneno cons-tituyó la base de la bonita fortuna de un modesto industrial levantino.

Ortego, Planas, Escaler y otros dibu-jantes ilustraron algunas cajas de ceri-

res Juan Cosa y Antonio Lara, estable-cidos en la calle de Preciados, 24, ven-dían a seis reales la docena de cerillas fosfóricas, que podían encenderse con gran facilidad.

Uno de los hechos más trascendentales de nuestra política está ligado a esta in-dustria. Una cerilla, convencionalmente encendida a la salida de Prim del mi-nisterio de la Guerra, fué la señal que utilizaron sus asesinos para asegurarse



entre nosotros, pude satisfacer la deman-da de aquel editor.

Tengo la seguridad de que me sobraba razón. La caja de cerillas española, desde su aparición en 1860 como industria na-cional, aunque antes existiera ya, sumi-nistra datos gráficos curiosísimos para la ilustración histórica.

La guerra de Africa, la guerra civil, el reinado de Amadeo, la guerra de Cuba, la República, la Restauración, la guerra de Oriente, la francoprusiana del 70, los sucesos de la Comuna, el proceso del Can-can, el apogeo de los bufos y de las sinipantas, las efigies de los políticos, de los reyes, de los toreros, de los artis-tas y de todas las celebridades de la épo-ca fueron desfilando por las cajas de ce-rillas, con más o menos acierto, consti-

lados por la competencia, hicieron ver-daderos prodigios en la presentación. Se fabricaron cajas con espejo, constituyen-do series de historias, de episodios, pu-blicando colecciones de chistes, de jeroglí-ficos y de rempécabezas. Hubo, finalmen-te, dos Empresas que regalaron, por dos cuartos, caja y periódico: La Chispa Eléctrica y La Correspondencia Indus-trial. ¡Dos cuartos! ¿Y sabían ustedes lo que eran dos cuartos? ¡Seis céntimos!

La literatura entró en la industria, no sólo para reforzar las caricaturas con pies intencionados, sino para ofrecer pro-gramas políticos, como los de las cajas republicanas, donde aparecían los cua-dros de los derechos y de los deberes de los ciudadanos, o para mostrar ciertos desahogos lírico-fosfóricos curiosos sobre-manera.

Por ejemplo, uno industrial:

Soy la caja más tremenda;
tengo cerillas sin cuento,
y tan sólo por dos cuartos
en tu bolsillo me encuentro.

llas de primera intención. Después, los fabricantes prefirieron tomar de los pe-riódicos satíricos las caricaturas y los dibujos, y la industria decayó en su par-te artística, aunque fué lucrativa y ex-celente hasta que la producción italiana, de presentación más sugestiva, empezó a invadir nuestro territorio, y la inglesa, de mejor pasta y más hilos en las ce-rillas, adquirió mayores prosélitos entre nosotros.

El monopolio de las cerillas por el Es-tado dió al traste con la industria, y es un caso ilustrativo de la ignorancia té-cnica, que diríamos ahora, que ha reina-do siempre entre nosotros en materia de impuestos y en conocimiento de nuestros recursos industriales.

Desde la pajuela de algodón y azufre de 1825, hasta los mecheros modernos, el progreso de la elaboración ha sido incal-culable. Pero no hemos sabido sostener-lo, y eso que hemos sido de los primeros en conocerlo, pues un anuncio en la Ga-ceta de 1786 nos participa que los seño-

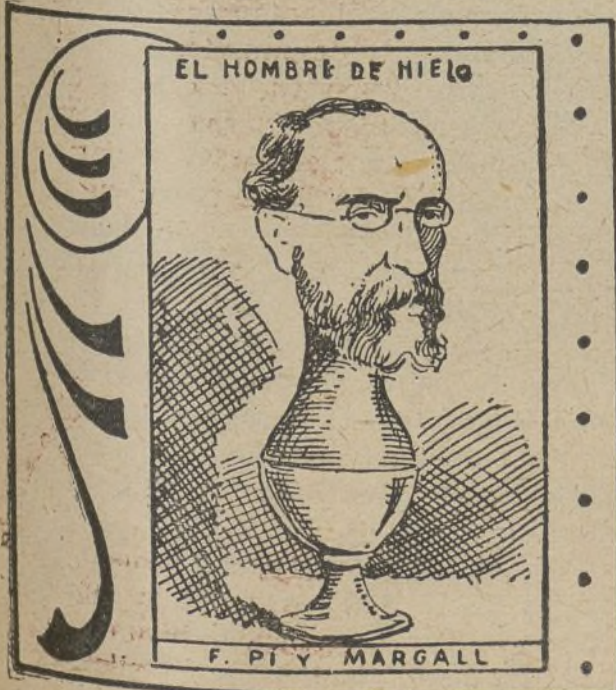
de la ruta que llevaba la víctima y con-sumar el crimen.

En los momentos de revuelta, cuando la Revolución, hubo un foragido en los trigales andaluces que predicaba la des-trucción de las cosechas, paseando a ca-ballo por los cortijos y arrojando una caja de mixtos a los obreros de la siega, a quienes decía con énfasis:

—Con eso acabaréis antes la faena.

De aquel pasado glorioso de las cajas de fósforos no queda ya mas que el va-gón de cocina, con menos cerillas que las que tuvo en un principio y sin más arte por fuera que la sentencia conde-natoria de la industria, campeando en el borroso rótulo, que es el epitafio y el inri de la misma: «Monopolio del Estado.»

Rafael URBANO



EL HOMBRE DE HIELO

F. PI Y MARGALL



PAGINAS ALEGRES

La lista de Correos

MARGARITA Pérez, proba y linda empleada en el despacho de sellos del Palacio de Comunicaciones, era una verdadera virtuosa del franqueo postal. En cinco minutos colocaba sesenta timbres con la perfección de un perito electricista.

De aquí que dieran en llamarla «la lista de Correos»; mote que se le ocurrió a un chirigotero oficial quinto que atendía al público ante una ventanilla del patio grande y sobre cuya jovial cabeza se leía este rótulo: «Poste restante.»

—Ganas de insultarle a uno—que decía él mismo—. Como si yo fuera un material de construcción que le ha sobrado al contratista.

Pero no divagaremos.

Sucedió que una vez, de la noche a la mañana, la proba y linda Margarita Pérez, «la lista de Correos», se trocó en la empleada más negligente y torpe de todas las de la Central.

Pegaba los sellos sobre las direcciones de los sobres, y si los interesados protestaban, se ensoberbecía y pegaba también a los interesados.

Unas veces cobraba de menos, otras de más, y si tenía que dar alguna vuelta, la daba más despacio que si estuviese reumática.

Le había tomado tanto odio a las cartas como si hubiera perdido tres millones al «baccarat».

¿Cuál era la causa de esta transformación? ¿A qué se debía esta «panne» de tan activa y perfecta funcionaria del Estado?

Todo tiene su explicación en este mundo, y por los clavos de un ferretero que la explicación del avatar de Margarita Pérez justificaba bien su cambio de conducta.

La cosa no era para menos.

Margarita Pérez, que era soberbia por su hermosura, era también soberbia por su carácter. Dos años hacía que estaba en relaciones amorosas con un taquígrafo-mecanógrafo del «Bank Pariflay American Lind-Sond-Corchenter».

Este noble joven era de una dulzura de carácter verdaderamente remolachesca; cualidad que, lejos de atraerle el mimo de su novia, le acarreaba su maltrato.

Cuanto más humilde, más cariñoso y más fiel era para Margarita, más adusta, más fría y más desatenta era Margarita para él.

¡Las cosas de este pícaro mundo, caballeros! La misma conformidad y tolerancia del mecanógrafo llegó a exasperar en tal grado a la vivaz Margarita, que un día aciago, por un motivo fútil, le envió a paseo; dió por rotas sus relaciones y se quedó tan fresca.

Corrieron cinco días con su proverbial velocidad, y ya Margarita apenas se acordaba de Angel—que tal era el nombre de su novio—, cuando he aquí que una mañana, al franquear una de las cartas, advirtió que el sobre iba dirigido a él, al mismísimo Angel Martínez, Corredora baja, 14, tercero centro.

El puño, que ya tenía en alto para aporrear la indefensa estampilla, se le quedó en suspenso, como quedaron las espadas de Don Quijote y el Vizcaíno, y, abriendo un tanto la honita boca, alzó la vista hacia la persona que le había entregado la misiva... ¡Amiga mía! Era una joven esbelta, guapa y perfumada, vestida con una sencillez elegante y seductora, llena, en fin, de gracias, como una comedia al uso.

Margarita, cuya vivacidad de movimientos alcanzaba también a sus células cerebrales, pensó en seguida, inspirada por el desprecio, que aquella hermo-

sísima joyen escribía al taquígrafo para darle unas calabazas; pero he aquí que la distinguida remitente se dirige al buzón contiguo, estampa en la carta un beso furtivo y, al tiempo de arrojarla en el abismo postal, lanza un suspiro al éter.

Margarita frunció el ceño. ¡Hola! ¿Qué era aquello? Aquello tenía todas las apariencias de ser cosa distinta de lo que ella se había imaginado.

Margarita tuvo todo aquel día un humor de perros. No se le había pasado a ella por la imaginación que el soso mecanógrafo fuese capaz de echarse otra novia. Tanto menos de la lozanía y la belleza de la misteriosa joven. «Bah—se dijo quinientas veces aquella noche, dando vueltas y vueltas en la cama—. No será su novia... Pero ¿qué puede ser, señor, qué puede ser?... Después de todo, que sea lo que sea; me da lo mismo, porque yo no le quiero. Conque, a dormir, Margarita, a dormir...»

Y daba otra vuelta en el lecho; pero no se dormía ni a tiros.

Al día siguiente, a la misma hora, se presentó la misma señorita con otra epístola dirigida al mecanógrafo. E hizo lo mismo que el día anterior: tomó su carta de las manos convulsas de Margarita, fué al buzón, besó el sobre y lo arrojó, suspirando quedo.

Margarita se mordió los labios hasta hacerse pupa.

Ya no cabía duda; aquella joven era novia de Angel y le amaba con apasionamiento.

«La lista de Correos» se quedó como tonta; luego se puso nerviosísima, cada vez más nerviosa, y cuando llegó a su casa se echó a llorar como una Magdalena tierna, cubriendo de improperios a los baldosines que tenía delante:

—¡Miserable! ¡No me querías! ¡No me

querías, no! ¡Infame! ¡Mas que infame! ¡Cómo me has engañado!...

La misteriosa señorita volvió a la mañana siguiente con su carta. Y volvió a darle el beso furtivo y volvió a suspirar quedo al arrojarla en el buzón. Y así otro día. Y otro... Y otro...

¿Comprenden ustedes ahora la transformación de la proba funcionaria?

Era una intolerable crueldad del destino—del destino que tenía en Correos y del otro—que ella misma tuviese que franquear las cartas amorosas de su odiada rival.

Esto la indujo al atropello. La duodécima vez de presentarse la joven agraciada, Margarita, fuera de sí, loca por cerciorarse de la infidelidad de su ex novio, tomó la carta como para ponerla el sello, dió un paso atrás y, ¡risa!, desgaró el sobre.

—¿Qué hace usted?—gritó la otra.

Margarita, sin responder, extrajo la misiva rápidamente y arrojó su mirada sobre lo escrito. El asombro estuvo a dos meñiques de ahogarla.

La carta decía así:

«Adorada Margarita: ¡Al cabo has abierto esta carta! ¡Gracias a Dios! ¿Te has convencido ya de que me quieres? ¿Estás arrepentida de tu soberbia? Si es así, estrecha la mano de la joven que tienes delante, mi compañera de oficina, mi paño de lágrimas, a cuyo hermoso corazón debemos la felicidad de reconciliarnos, porque es autora de la comedia que ella misma acaba de representar.

Tuyo eternamente,—Angel.»

¿Tendió la mano Margarita a la triunfante joven?

No, no le tendió la mano.

La abrazó con toda su alma.

Fernando LUQUE

AMOR DE LO INEFABLE

El divino silencio

HASTA la palabra es hermosa: silencio; palabra suave, insinuante, resbaladiza, dulce... Palabra persuasiva, que se hace respetar: silencio.

Está con los tristes, está con los laboriosos, está con los muertos, y también con los campos y con todo aquello que nos llega dentro del corazón.

Yo amo al silencio sobre todas las emociones. Yo elevaría al silencio un templo de maravilla.

En cualquier instante, cuando emudece la vida, cuando calla cuanto nos rodea, hay algo que es infinitamente grande; aun en lo más pequeño. Oid el llanto de un niño; oid ese gemido monótono, incesante del parvulillo que sufre o se encapricha, e imponedle el silencio: «Si no callas, el coco vendrá.» Y cesará el llanto para que no venga el coco. Y el silencio tendrá la solemnidad de una gran angustia, reflejada en los ojos del inocente, que contiene las lágrimas por miedo a un monstruo imaginario.

Oid una grandiosa página musical. Cien hombres interpretan, en el recogimiento de un teatro lleno de gente religiosamente callada, la marcha fúnebre de *El ocaso de los dioses*, de Wagner. La imponente sonoridad de la orquesta se desvanece en el espacio, se extingue en la altura como el hálito del genio. La muchedumbre, extática, contiene la respiración. Y hay, al comenzar la imponente marcha del coloso de Alemania, unos levísimos golpes de timbal cuyos intervalos son la suprema emoción del silencio. Y un escalofrío nos estremece hasta el fondo de las entrañas.

¡Oh, la divina voluptuosidad de saber escuchar el silencio divino!

En otros momentos el silencio es trágico. ¿Habéis experimentado, habéis sentido la intensa tragedia del momento en que la multitud se apiña en los tendidos y en las gradas de una plaza de toros y suena el agudo toque de clarín que ordena la suelta del pujante bruto? La expectación sofoca todos los ruidos. No se oye ni el vuelo de una mosca. Los lidiadores esperan quietos, envueltos en la refulgencia del oro y de la plata y de los colores vivos heridos por el sol; y los caballos, los dóciles, los nobles, los confiados caballos que no fueron rebeldes a la estopa que taponó sus orejas, ni al trapo traidor que cubrió sus ojos inteligentes, esperan también, sin presentir la crueldad de los hombres, que así premian su utilidad doméstica, ni la ardiente cornada que acaba con su vida de trabajo... Y si el toro engancha los caireles de un traje de luces, y un torero volteja en el aire igual que un muñeco de serrín enojado y brillante, y cae pesadamente sobre la arena, y brota la sangre humana por encima del oro y de la seda, se oye un angustioso alarido de muchedumbre; pero, después, el silencio vuelve; y entonces es un calofrío silencio de muerte: como en el cementerio; como en el campo de batalla, sembrado de cuerpos jóvenes que no palpitan; como en los hospitales; como en tantos lugares de la tierra en que el silencio es de tragedia y de dolor.

¿Y el silencio solemne de los claustros de las catedrales?

¿Y el frío silencio de la piedra milenaria en los monumentos que el hombre fué levantando a través de los siglos?

¡Oh, impasible y venerable silencio de las cosas viejas y de los antiguos vestigios!...

Un palacio cerrado, amueblado y sin seres que lo habiten, se halla como embrujado por un silencio inquietante; y es, también, inquietante el silencio de

CANTORES AMBULANTES

La voz del ciego desgarra
la canción raída y rota;
lagrimea la guitarra
gota a gota.

—Y tú, violín rondador,
de madera y viejas tripas,
si no te mata el amor,
¿por qué jipas?

Los ciegos ambulantes madrugan. Sus canciones
son para las mujeres que sacuden la ropa;
para las señoritas que están en los balcones,
sin peinar, hasta un poco antes de hacer la sopa.

La bella niña rubia toma el sol mañanero;
alguna prescripción para estar allí alega:
es la enferma del amor que, espiondo al cartero,
se agrava al esperar la carta que no llega.

Bajo su bata azul palpita la zozobra
del nido de su pecho que albergó golondrinas
fugaces... Pero su alma los ensueños recobra
con los violines agrios y las jotas cansinas.

Entre la sinfonía de los sacudidores,
los ciegos, los ancianos, berrean suplicantes;
a los cabellos de oro y a los ojos traidores
ensalzan con alientos y vehemencias de amantes.

La Virgen del Pilar haga
que no se apague mi amor,
ni la luz que hay en los ojos
de la niña del balcón.

Las monedas de cobre sobre los adoquines
bautizan la mañana con su sonoridad.
Da la misericordia al alma sus festines
y los crismas del sol confirman la piedad.

La vida se despillará
bajo el puñal de la jota.
Se desangra la guitarra
gota a gota.

Mauricio BACARISSE

una ciudad desierta en las altas horas de la noche; y lo es asimismo el de las ruinas de un castillo medioeval, impregnado del misterio que dejó en sus ámbitos la hermética vida de sus moradores.

Cuando una sala de espectáculos queda vacía después de una fiesta, el silencio es irónico y desconsolador: se ha celebrado un baile o se ha representado una farsa; la gente ha salido dejando el rastro de sus carcajadas, de sus piruetas, de sus sensaciones, de sus movimientos; la atmósfera, densa, conserva el valor caliente de la carne; los instrumentos musicales han lanzado sus últimas notas y reposan en desorden junto a los atriles; las luces se van apagando... Y entonces diríase que aquel artificio del salón sin alma fuese una burla diabólica de todas las cosas que allí están calladas y quietas. Tal vez no haya objetos cuyo silencio sea tan grotesco y burlesco como el de los violines, el de los clarinetes, el de los tambores, el de las arpas, el de cuantos aparatos inventó el hombre para emitir sonidos, cuando descansan abandonados sobre los muebles... Ved la caja de teclas de un piano abierto en una estancia sin ruido; ¿no os da la impresión de una boca enorme que ríe desmesuradamente?

Yo te acojo, silencio, como la emoción más selecta: en todo instante eres grande y sugeridor; en toda hora te apoderas de mi espíritu que te reverencia; nunca te acompaña la vulgaridad; jamás vas hermanado con la sandez ni con la indiscreción; y hay minutos en los que te impones y eres necesario; minutos en los que te elevas hasta lo sublime, sin que haya ruido capaz de vencerte: cuando un hombre llora...

Silencio.

Alfonso G. del BUSTO

LECTURAS

Reunidas en un bello tomo, titulado *Rimas de pasión*, ha publicado D. Valentín de Pedro varias sentidas y notables poesías, de la mayor parte de las cuales dió recientemente el autor, con gran aplauso, una lectura en el Ateneo de Madrid.

La Casa Hispania ha publicado *Crisotolón*, tragedia rústica en dos actos, de D. Manuel Linares Rivas.

La Universidad de Cambridge ha editado, lujosamente, un tomo de Literatura

española, que contiene escogidos trozos de nuestros clásicos.

En Valladolid ha publicado el ilustre cervantista D. Narciso Alonso Cortés un interesante folleto, titulado *El falso Quijote y Fray Cristóbal de Fonseca*.

Recientemente han sido puestos a la venta dos documentados libros sobre Rusia: *El bolchevismo en acción*, de W. T. Grode, traducción de Manuel Cardenal Iradieta, y *La República rusa*, del coronel Malone, traducción de G. Menéndez y Arranz.

Ha comenzado a publicarse en Madrid, bajo la dirección del brillante literato Eduardo M. del Portillo, una simpática revista, llena de impetu juvenil y de espíritu moderno, titulada *Escena*, órgano de la Sociedad Nueva de Escritores Dramáticos y Líricos.

Don Julio J. Casal nos ha enviado sus últimos tomos de poesías, *Huerto maternal* y *Hunildad*, que contienen bellas composiciones.

La Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya ha publicado el tomo II de las obras de D. Francisco Iturrizarria.

Editado por la Acción Católica de la Mujer, se acaba de publicar un folleto de propaganda, titulado *Sindicatos femeninos*, por doña María de Echarri.

Don Rogelio Buendía, distinguido escritor, ya conocido ventajosamente por varias novelas y cuentos, ha publicado *Lusitania* (Viaje por un país romántico), libro inspirado en recuerdos de una excursión a Portugal, y en el que late el ideal del iberismo.

Otros libros recientes:

Los procedimientos de ilustración gráfica.—Casa Editorial Bailly-Baillière.

Cuestiones de Derecho penal.—Centro Editorial Góngora.

Los Campesinos, de A. Chejov; *El filósofo sin saberlo*, de Sedaine; *La paradoja del comediante*, de Diderot; *Cuentos de la Pampa*, de Manuel Ugarte; *El grillo del hogar*, de Carlos Dickens; *Crónica del reinado de Carlos IX*, de Próspero Mérimée, y *Renata Maupérin*, de E. y J. de Goncourt.—Colección Universal.

GRÁFICO-HISPANO

FOTOGRAFADO

ARTE

GALILEO 34

TELÉFONO J. 859

BOYCA



CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

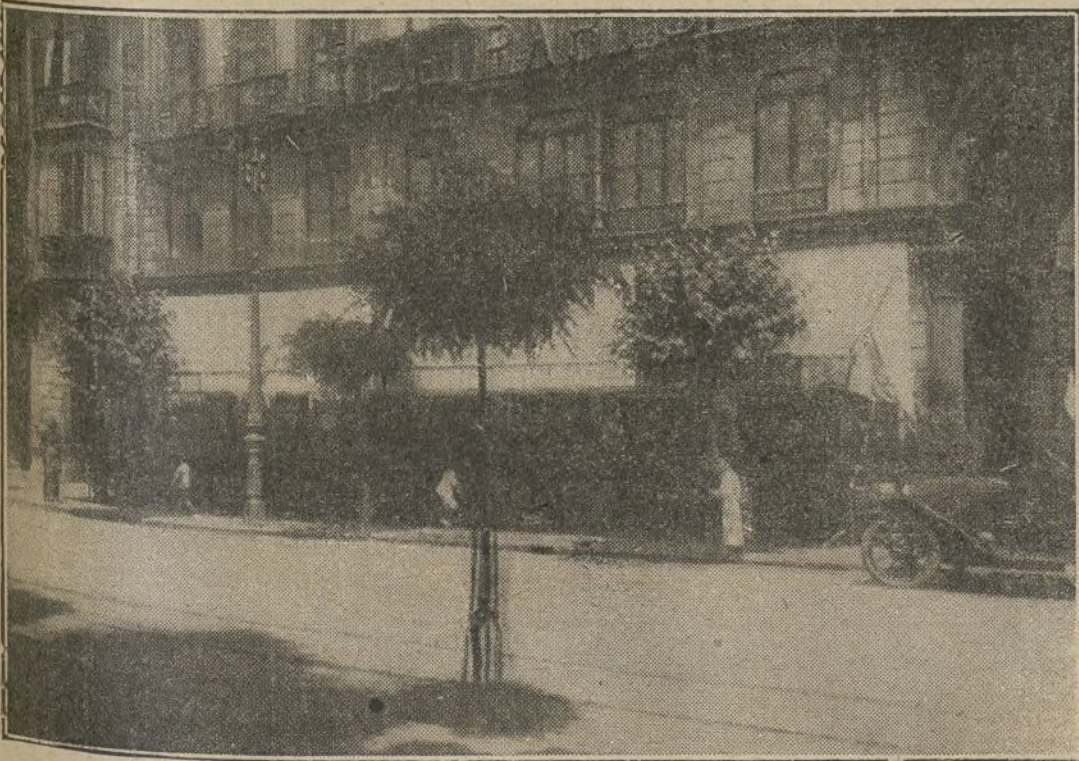
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Braserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.



— Café del Hotel de París. —

CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería fina.

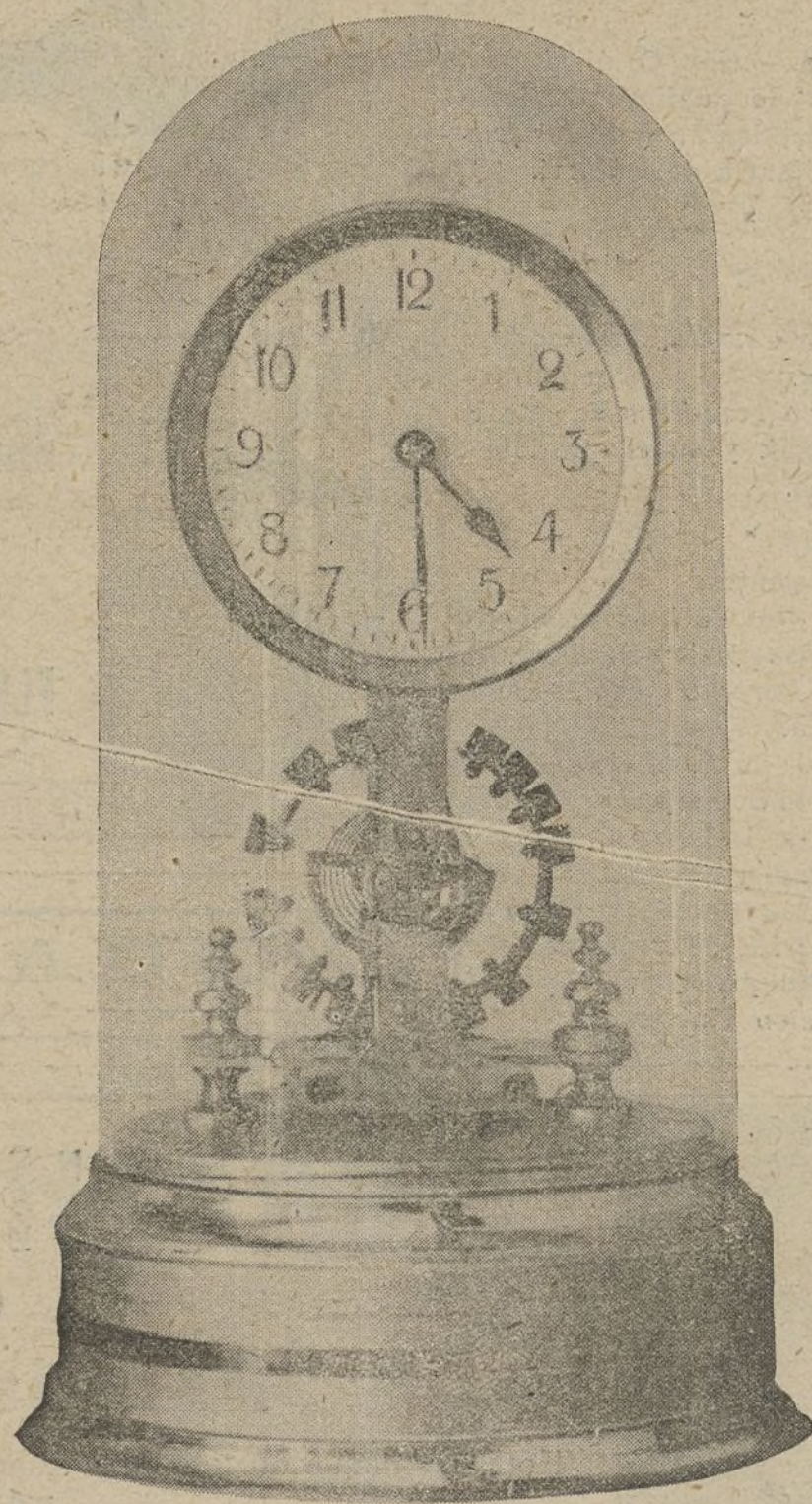
OVIEDO

FÁBRICA DE RELOJES
DE
CARLOS COPPEL

27, FUENCARRAL, 27. - MADRID

NOVEDAD

RELOJ PARA MIL DIAS CUERDA



**Ultimo invento
de la
relojería moderna.**

**Certificado
de
garantía con cada reloj.**

**Reloj de sobremesa con cuerda para mil días, fanal
de cristal y pie de metal dorado, 350 pesetas.**

CATALOGOS GRATIS

REMESAS A PROVINCIAS